

CL C1/6

=====
ESPAÑOLICÉMONOS
=====

¡Españolicémonos!...

INGLESES, NO; PERO...

FRANCESES... MENOS.

— POR —

D. JAVIER FAGES DE CLIMENT

— ABOGADO —

Presidente (en Figueras) de la «Sociedad Económica Ampurdanesa de Amigos del País» y del Centro católico «Lliga d'Acció Social», condecorado con la Cruz de oro de los Sitios de Gerona



— 1917 —

IMPRENTA EDITORIAL BARCELONESA, S., A. :
Cortes, 596.—BARCELONA

Estadística Nacional

1900

1900

1900

1900

1900

Reg. 2799

DEDICATORIA

A MIS SIETE HIJOS.

¡Hijos de mi alma! sois testigos del esfuerzo con que procuro en todos los instantes de la vida inculcaros un vivo amor a Dios y un ardiente anhelo de servirle defendiendo a la Santa Iglesia Católica y teniendo sus preceptos por norma suprema de todas vuestras acciones; conocéis asimismo bien mis entusiastas convicciones monárquicas y el ardor con que hago mío, con cariño devoto a Pidal, su texto hermoso de que «una horrible pesadilla nos mostró como en menudo boceto el cuadro apocalíptico y final de lo que sería la España republicana»... y que «ni aun su nombre le quedaría a la Patria»; pretendo ahora en estas páginas, a todos los buenos españoles dirigidas, dejaros a vosotros muy especialmente explicado, para que bien lo recordéis y podáis en todo momento repasarlo, cuál debe ser el amor de todos a la Patria, a sus glorias y a sus tradiciones; cuál nuestro afán por servirla como buenos ciudadanos y cuál nuestro horror al más mínimo afrancesamiento.

No reneguéis jamás, ni olvidéis siquiera estas que constituyen hermosas enseñanzas y bellas tradiciones de ilustres antepasados Fages, y que os trasmite, como su testamento espiritual, vuestro padre que tanto os ama,

JAVIER.

Palol de Fluviá - Agosto 1917.

¡Españolicémonos...!

Ingleses, no; pero....
franceses, MENOS.

Al consultar las lecciones de la experiencia y de la historia, nos asombramos de que haya españoles que se llaman hombres políticos capaces de fomentar de algún modo la influencia francesa.

(BALMES.—*Escritos políticos*, página 744).

A la verdad, Francia era como es y será siempre nuestra natural enemiga; su grandeza es nuestra humillación; la nuestra es su impotencia.

(CÁNOVAS DEL CASTILLO.—*Historia de la Decadencia de España*, página 715).

Hora es ya, españoles, de que surgiendo de largo letargo y sacudiendo enfermiza somnolencia, nos esforcemos por avivar el sentimiento nacional procurando que a su impulso y bajo su égida renazca la Patria con el amor, y el trabajo y el esfuerzo y el buen juicio de todos. Ya es hora de que sacudamos extrañas y enojosas y humillantes tutelas y que veamos por nuestros propios ojos sin necesidad de lazarillos de ningún género ni de prestados gemelos, cuáles

son los sentimientos íntimos y las tradiciones de verdadero y firme arraigo en nuestra Patria, y que acordés en tales sentimientos y aferrados a todo cuanto de justificado y de noble y de glorioso encontremos en dichas tradiciones, procuremos realzar la Patria, afanándonos por retornarla a aquel lugar glorioso que en la Historia por siglos ocupó y al cual indudablemente tiene derecho acompañada por el amor y el acierto de todos sus buenos hijos.

Siglo de luchas tristes tan enconadas como estériles el décimonono; período de transición y de dolorosísimas, forzosas liquidaciones de pasados yerros los comienzos del vigésimo; adelantados ya en el cuarto lustro de él cuando el mundo entero tan agitado se halla por la horrible hecatombe social, que llamamos *guerra europea*; favorecidos, empero, por Dios, por circunstancias felicísimas y aciertos gubernamentales, que permiten aún a España mantenerse alejada de tamaño conflicto mundial, parécenos estar oyendo la voz del ángel bueno que no debe faltar a las naciones como asiste y defiende a los individuos, diciéndonos como Cristo al resucitar a Lázaro, *surge et ambula*; levántate y anda... Levántate, pueblo español, de pasadas postraciones, enmiéndate de seculares yerros, redímete de culpas que muy caramente en los últimos tiempos has pagado y... *esto vir*, sé esforzado, y generoso y noble como tantas veces lo has sido en la Historia; sé más cauto, y más previsora y más laboriosa de lo que has sido en pasadas edades; y sé *español* sobre todo, despojándote de extraños y muy exóticos disfrases, y volverás a ser grande y a ocupar ese puesto altísimo del que nunca debiste haber descendido...

Así resuena el eco angélico por todos los ámbitos del pueblo español, y es momento de que lo es-

cuchemos benévolos y es deber que frívolos no lo desatendamos y nos decidamos a estudiar y revolver cuantos problemas afectan a la vida, a la prosperidad, a la grandeza y a la gloria de nuestra, de todos modos, tan justamente amadísima España.

El grandilocuente discurso pronunciado en junio de 1915 en el teatro de la Zarzuela de Madrid por el verbo del tradicionalismo, don Juan Vázquez de Mella, produjo indudablemente un gran bien, en ese orden de estudio de transcendentales problemas nacionales, y en cuanto fué enérgica merecida repulsa al afán de las izquierdas españolas de comprometer a nuestra Patria al lado de Francia y de Inglaterra en la guerra horrible que desquicia el mundo, perdiéndose un inmenso caudal de sangre y de jóvenes energías y dejando a inmensa parte de la humanidad con luto en el corazón e inacabable llanto en los ojos; pero eso reconocido, y teniendo por ello al insigne tribuno la gratitud que le es debida, importa, por lo mismo que manando de tan alta autoridad pudiera causar más funestos estragos, señalar los reparos que un españolismo neto y un tradicionalismo el más verdadero tienen que oponer a ideas en dicho discurso por el señor Mella vertidas.

A eso nos disponíamos a raíz mismo de pronunciado el discurso, y por razones múltiples de diverso orden quedó demorado el propósito. Transcurridos desde entonces tres años completos no hay ahora obstáculos que la realización de intento tal nos estorben, y mantiénese viva la oportunidad del tema y es obra en nuestro sentir altamente patriótica fijar de manera clara y precisa los verdaderos sentimientos del pueblo español y sus deberes más primordiales ante las perspectivas diversas que al concluir la guerra habrán de presentársele. Por eso

nos resolvemos a abordar el tema, recopilando para el público en breves y claras páginas todas aquellas razones patrióticas, históricas, políticas y morales, (tenga bien presente el lector que no decimos religiosas) que nos inducen a afirmar sin rebozo, ni distinguos ni tibiezas, que nada sería más contrario a la verdadera tradición española, a nuestros permanentes intereses nacionales y a nuestra futura grandeza y desenvolvimiento próspero que una simpatía por Francia que, añadida a los lazos de vecindad que no tenemos posibilidad de romper, nos encadenaría a ella haciéndonos una vez más, como tantas otras de triste recuerdo en la Historia, sus satélites y sus víctimas.

El himno entonado por Mella a la buena organización y a la disciplina admirables del pueblo alemán; la gratitud que España le debe porque, por y con España quiso pelear (1) cuando el mundo entero se mostraba más indiferente para las desgracias de España; la admiración que todos los hombres de orden y de sentido conservador del mundo, deben sentir por Guillermo II, aunque los católicos no olvidemos ni dejemos de lamentar que no profese el catolicismo (2); todo eso merece aplausos sinceros en el discurso del teatro de la Zarzuela del gran orador tradicionalista, y obtuvo indudablemente el pleno y entusiasta asentimiento de todos los españoles de sentido conservador, cualquiera que fuese el partido político en que estuviesen afiliados.

La diatriba contra Inglaterra a nadie tampoco

(1) *El Emperador Guillermo II íntimo*, según las memorias de la Condesa de Eppinghoren, por don Juan B. Enseñat - Pág. 511.—Barcelona, 1910.

(2) De eso hablaba ya en un artículo que publiqué en 1912 en el periódico *La Veu de l'Empordà* de Figueras, y titulé «¡Viva el Kaiser!», comentando un donativo y palabras suyas a unos monjes benedictinos.

disgustó, por el sano patriotismo que la inspiraba, aunque muchos juzgásemos que siendo en su fondo justificada, salía de labios del gran orador revestida de tonos y presentada con colores realmente exagerados y chillones, y en lo que de eso tenían, claro está, por tanto, que poco exactos; pero... después de todo eso, que es la expresión genuina de un hondísimo sentir popular, trató el señor Mella de persuadir a su auditorio y tras de él, claro está, a todo el pueblo español, de que la enemiga principal y más natural y repulsiva de nuestra Patria había de ser Inglaterra y que en cambio, sólo momentánea y accidentalmente, por verla al lado de Inglaterra, habíamos de apartarnos de Francia y sentir algún desvío por ella, y eso, es a nuestro juicio tan grandemente equivocado; eso es tan opuesto al verdadero sentido tradicional español; eso contradice de tal manera nuestra historia y repugna de tal modo a lo que es medula de nuestro ser, que es preciso contra ello alzar la voz y decirle con todo el respeto a que es acreedor, pero con noble decisión al señor Mella: ¡Ah, no; eso sí que no pasa! *Amicus Plato sed majis amica veritas.*

Esta gran amiga nuestra, la verdad hoy casi desterrada del mundo, nos induce a proclamar muy alto, haciéndonos eco del hondo sentir de nuestro pueblo, frescas en la memoria todas las páginas de su historia y de acuerdo con las aseveraciones más solemnes de los más ilustres hombres de nuestro país en todas las épocas, que la enemiga natural, constante, irreconciliable de España ha sido, hasta cuando más amistad nos brindaba y fingía, y es, y ha de ser siempre la Francia.

Y no se nos diga que es impropio de nuestra época fundar en historias viejas y en añejos agravios las antipatías o enemistades entre las naciones por-

que, aunque muy presente tenemos que «enseñándonos que la especie humana descende de un autor único, proclama la Iglesia la fraternidad entre los hombres sin distinción de razas, idiomas ni países» (1), es evidente que fuera ridículo y absurdo, habilidoso sofisma para amortiguar y adormecer el patriotismo español, que se alegrara aquel razonamiento en los días mismos en que por justificar la extraña actitud de Italia al separarse de las aliadas a que debía tanta pujanza y engrandecimiento, no se oye hablar más que del *odio tradicional* de dicha potencia contra Austria; y cuando Francia con tan viva delectación propia y casi mundial aplauso va consolidando *su odio* contra Alemania tratando de elevarlo a hermosa virtud nacional, por agravios de un día tras del cual va transcurrido ya cerca de medio siglo; y en los mismos instantes en que no hay nación que no repase su historia para en ella encontrar justificantes a ese ardor bélico que de todas en el actual momento se está apoderando con más vivo furor.

Claro está que no guía nuestra pluma, siendo nuestro corazón por favor divino sinceramente cristiano, ningún odio contra el pueblo francés; y que como dice muy bien, precisamente el autor francés ya antes citado, Charles Perin, «por profundo que sea el patriotismo cristiano jamás llegará como el patriotismo antiguo hasta la hostilidad habitual contra el extranjero» (2), y no sentimos por tanto tal hostilidad contra los franceses ni para el prójimo francés, como para todo prójimo, podemos sentir otra cosa que amor cristiano muy vivo y sincero; pero, aunque esto así sea, y aunque además

(1) Charles Perin.—*El orden internacional*; libro, I. cap. III, página 108.— Traducción Pou y Ordinas.

(2) C. Perin.—*El orden internacional*; pág. 77.

juzguemos que tampoco cabe abogar por una habitual hostilidad política contra Francia que haya de traducirse en sentimientos bélicos contra ella, cuando entendemos precisamente que es una sólida y perpetua paz lo que España anhela y debe a todo trance procurarse, creemos no obstante que un sentimiento nacional vivo y consciente es una de las más hermosas cualidades que deben conservar los pueblos, y un *ideal nacional* arraigadísimo y entusiasta el mejor impulsor de abnegaciones heroicas y de todo género de excelsas virtudes.

Por eso, porque tal ideal se mantenga vivo y ardiente en todo pecho español, todo trabajo nos parece escaso y menguado todo esfuerzo; y esfuerzos y trabajos y entusiasmos de toda la vida, ciertamente que, como nuestros, escasos y de poco valor, a la consolidación de tal ideal van encaminados.

Por lo mismo que es larga la vida de las naciones, con especialísimo compás ha de medirse cuanto a ellas afecta y por eso ha de extenderse nuestra mirada a largo trecho de la historia de un pueblo si queremos bien conocer y estudiar lo que para su vida le sea fundamental, esencialísimo.

Bajo ese aspecto podemos decir que no es añeja solamente sino que además de añeja es constante y de toda perenne actualidad la lista de *favores* que a Francia debemos los españoles. Sería tarea larga, inacabable, e implicaría tal repetición de conceptos que podría resultar enojosa al lector la de citar todos los autores españoles en cuyos trabajos se exterioriza ese constante, íntimo y hondísimo sentimiento español contrario al pueblo francés y persuadido justamente de que en el pueblo francés tiene su mayor enemigo, el constante amenguador de sus glorias, el perturbador, en mil ocasiones, de su buena marcha interior, el trastornador de sus sentimientos,

el corruptor de sus costumbres... No tratamos, pues, de entregarnos con morosa delectación a tal tarea; pero es imprescindible al fin que nos proponemos recopilar siquiera aquellos datos históricos más concluyentes y aquellos textos que nos parezcan, por las circunstancias en que fueron escritos o por la altísima calidad y superior inteligencia de las personas de quienes emanan, de fuerza mayor para comprobación incontrovertible de nuestros asertos.

¿Por dónde empezaremos? Por un término medio, en orden de los tiempos, por la fecha de 1322 que es la del texto de una escritura desempolvada para su *Colección diplomática del Condado de Besalú* (1) por nuestro docto amigo el señor don Francisco Monsalvatje, en cuya escritura un buen benedictino del convento de Besalú (hoy con hidalguía española abierto a benedictinos franceses perseguidos por los gobiernos sectarios de su nación), Fray Rostagno Gaudissardi, prior de Santa María, hace constar, con beatífica encantadora sencillez, que la casa cuyo establecimiento enfitéutico firmaba, está destruída por el ejército francés *«que sempre han fet mal per estas terras y farán hasta la fi del mon»* (2).

Viejo es ya el texto en verdad y por eso mismo de valor inapreciable como síntoma claro, expresión ingenua y feliz, reflejo íntimo y vivísimo del alma popular que sentía ya entonces como cosa hondísima y tradicional la antipatía a la nación francesa aun cuando en algún momento, como en los reinados de Enrique II y de don Juan, de Castilla, se viera por excepción a los altos poderes del Estado inclinados a contradecir y contrariar tal sentimien-

(1) Tomo XII, pág. 358.

(2) «Que siempre ha causado daños por estas tierras, y los causará hasta el fin del mundo.»

to (1), sin que jamás aparezca excepción parecida en el ánimo del pueblo, sin duda por aquello de Ma-caulay, que «el pueblo es harto menos veleidoso en sus amores que soberanos y magnates».

Y repasemos las páginas de nuestra historia y ¿qué otra cosa encontraremos en ellas que contradiga esa aversión a Francia sentida por el buen fraile de Besalú? ¿Qué veremos que nos induzca a pensar que tal aversión fuera injustificada y contra razón? Nada ciertamente, antes al contrario, sin remontarnos a lo que diera lugar al popular cantar «mala la hubisteis, franceses, en esta de Roncesvalles...», con ocasión de lo cual ya el Emperador Carlomagno no encontró medio mejor para explicar su derrota y animar a sus decaídas y desconcertadas huestes que insultar a los de España, llamándolos «pueblos mendigos envilecidos por larga servidumbre» (2), no siendo extraño por ello que ya de entonces diga Mariana (3) que «llevaba de mala gana la nobleza de España quedar sujeta al imperio de los franceses, gente insolente, como ellos dicen, y fiera, que no era esto librallos de los Moros, sino trocar aquella servidumbre en otra más grave»; ni acudir tampoco al recuerdo del paso de los soldados de Felipe el Atrevido por Panissars y de cómo el mismo cielo nos deparaba en Gerona moscas que nos vengaran de los franceses, nos encontramos, en el reinado de los Reyes Católicos, glorioso principio de la unidad y de la pujanza y grandeza de España, elevada en el concepto europeo en sentir de un moderno histo-

(1) Uno de los consejos dados por don Enrique a su hijo don Juan al creerse cercano a la muerte fué, según refiere el P. Mariana (Hist. de España, tomo IX, pág. 206), «que conservase con todas las fuerzas y con toda buena correspondencia la amistad con Francia, de donde les vino en sus cuitas el remedio»; y en efectó, don Juan al encargarse del reino «lo primero en que puso mano fué en señalarse por amigo de los franceses».

(2) P. Mariana.—Hist. de España, t. IV, pág. 97.

(3) P. Mariana.—Hist. de España, t. IV, pág. 98.

riador (1) al rango de nación predominante que antes no había alcanzado, que para mantenerse en ese papel aquellos gloriosos y discretísimos Monarcas «buscaron sus alianzas en las potencias del Centro y Norte del Continente; es decir, contra Francia», y Ceriñola y Garellano constituirán recuerdos perennes de gloriosos triunfos españoles sobre soldados de Francia, y contra Francia culminó la vida de soldado sin par del Gran Capitán, y desde eso, reinado tras reinado, casi sin interrupción, nuestros Reyes y nuestros sabios y nuestros magnates y nuestro pueblo, todos a la una contra Francia obran y en cómo han de defenderse de Francia casi exclusivamente piensan.

Regente el gran Cardenal Cisneros por testamento de don Fernando, aquel consumado político español (de la celebración de cuyo cuarto centenario se está tratando por los días en que escribimos) que tanta parte tuvo en la grandeza del anterior reinado siguió la misma política «resistiendo con gloria a los franceses» (2).

Notorias son a todos las luchas incesantes entre Francisco I y nuestro gran Carlos I, de las que es punto culminante y gloriosísimo en nuestra historia el vencimiento y prisión del Monarca francés en Pavía (1525), y aunque no falten quienes traten de atribuir a rivalidad personal entre ambos tales luchas, la historia imparcial y serena las reconoce ya como derivación natural de la política de los anteriores reinados y expresión viva del histórico antagonismo nacional que venimos comprobando y de

(1) Angel Salcedo Ruiz.—*Historia de España.—Resumen crítico* página 348.

(2) Angel Salcedo; pág. 354.

esa *natural enemistad* tan bien afirmada aun cuatro siglos después por el gran Cánovas (1).

Por eso, así como había dicho Carlos I a su hijo que «la experiencia ha mostrado que Francisco I y Enrique de Francia y sus pasados, han querido usurpar de continuo de sus vecinos, y donde han podido, usado de no guardar tratado alguno, señaladamente conmigo y nuestros pasados» (2), los modernos historiadores don Modesto Lafuente y don Angel Salcedo han podido escribir con entera exactitud e irrefutable raciocinio que «Francia iba creciendo todo lo que España iba menguando. Eran dos reinos que vivían de devorarse, al modo de dos plantas vecinas de las cuales la una se alimenta y robustece del jugo que roba a la otra» (3); y que «si en la Península se quiere fundar un Imperio predominante o por lo menos *de veras independiente de la influencia francesa* hay que buscar las alianzas en Alemania y en Inglaterra» (4), palpitando en todos estos textos, como en los de Balmes y Cánovas y el fraile de Besalú y tantos otros que habremos de citar, la misma idea fundamental y arraigadísima, verdaderamente *nacional*, reconocida de otra parte y expresada en la misma frase atribuída a Enrique IV de Francia, de que «los reyes de España y Francia estaban como puestos en los platillos de una balanza, de tal manera que para subir el uno había de bajar el otro» (5).

(1) Sabemos que el calificativo de grande que aplicamos a Cánovas sonará mal a oídos de muchos derechistas españoles; pero tenemos cada día más firme la convicción, de que lo mismo por sus excepcionales talentos que por su obra política, por gran parte de nuestras derechas mal conocida y erróneamente juzgada, lo tiene bien merecido.

(2) «Historia de España», de don Modesto Lafuente; tom. IX, pág. 92.

(3) Lafuente; t. XII, pág. 292. -

(4) Salcedo; pág. 330.

(5) Lafuente; t. XI-pág. 160

Viene al caso aquí recordar aunque se aparte de lo fundamental de nuestro tema, cómo en 1542, en aquellas luchas entre Carlos I y Francisco I de Francia, se alió el cristianísimo Monarca francés, cuando así creyó convenir a sus intereses y egoísmos, con el Gran Turco (1) contra nuestro muy católico Monarca, viniéndose con tal recuerdo al suelo ese farisaico espanto que aparentan hoy los católicos franceses y tantos otros que les hacen coro de las naciones neutrales, porque un Monarca protestante del siglo xx, por fines nacionales independientes y extraños a toda mira religiosa haga lo mismo que en los siglos xvi y xvii hicieron sin escrúpulos, causando general escándalo en la sociedad, los católicos Monarcas de la nación cristianísima. Y conviene aún recordar como fué el espíritu francés el que más tenazmente se opuso a los anhelos de Carlos I de arrojar a los turcos de Europa.

Universalmente reconocido y hasta muy especialmente atacado y odiado Felipe II como representante el más genuino y encarnación viva del pueblo español, claro que no había de renegar olvidando los consejos de su pleclarísimo padre, de la antifrancesa tradición española y por eso registrase en su reinado la gloria de San Quintín «una de las victorias más completas que se leen en los anales de las batallas» en frase de Lafuente (2), y así como Francisco I alióse con el turco y con quienquiera

(1) «Los Reyes de Francia, Francisco I y Enrique II, su hijo, con ser príncipes católicos, trayendo guerra muy reñida con el emperador Carlos V, rey de las Españas, por razón de estado, el uno se confederó con el Turco y el otro hizo liga con los herejes protestantes de Alemania contra el mismo Emperador, como lo escriben los mismos historiadores franceses», decía ya nuestro P. Rivadeneyra en su *Tratado de la religión y virtudes del Príncipe cristiano*. Edición de 1881 de la *Ciencia Española*, pág. 80.

(2) Tomo IX, pág. 156.

que le hubiese ayudado contra España, y más tarde repitióse el caso frecuentemente en la política francesa, principalmente en los días de Richelieu, Felipe II dió el nobilísimo ejemplo de anteponer sus deberes de cristiano hasta a sus sentimientos de español y al ver dividida a Francia entre católicos y protestantes, declaróse siempre protector y auxiliar decidido de los católicos, no aprovechándose de aquellas divisiones y luchas internas para más abatir a Francia, tan distintamente de como los gobiernos todos de Francia lo mismo monárquicos que revolucionarios y republicanos (con la sola excepción quizás de la venida en 1823, de los *cien mil hijos de San Luis* que respondía a una aspiración nacional) han tratado de aprovechar las miserias y desdichas intestinas de España procurando agravarlas y prolongarlas y hacerlas irremediables.

Cánovas del Castillo creyó (1) que Felipe II pudo y debió extender más su poderío sobre Francia extendiendo lejos del Pirineo nuestra frontera y adueñándose para siempre de Marsella y otras plazas del mediodía; pero este punto de vista que puede ser muy exacto y hacer lamentable el hecho bajo el aspecto de los anhelos de nuestra grandeza nacional, es precisamente prueba clarísima de cómo (salvo en algún momento del álgido período de grandeza de Carlos I) nunca nuestros Monarcas se abandonaron a la desmedida ambición ni se echaron a locas en brazos de ella por desmesurado afán de abatir a Francia, lo cual nos hace merecedores, de parte de los franceses, de una consideración a la que ellos no pueden alegar título alguno por su totalmente distinto proceder con nosotros.

(1) *Hist. de la Decadencia de España desde Felipe III a Carlos II*; página 39. Madrid 1910.

Y ya en ese reinado de Felipe II dióse también el caso, tantas veces repetido después hasta nuestros mismos días, de que quien tratara de ofender a España y a sus Monarcas, a Francia acudía siempre a buscar combustible para sus campañas. No otra cosa hizo el desdichado Antonio Pérez al acogerse a la corte de Enrique IV, convirtiéndose en divulgador de las flaquezas de nuestra monarquía (1) y difamador del Rey a quien si en un período sirvió con sus talentos en otro con sus maldades comprometió.

En el reinado de Felipe III sabemos que apenas concertadas paces con Francia no cesó no obstante el Monarca francés «de hostilizar debajo de mano nuestras tierras, ya entrando en inteligencias con algunas plazas de Artois para apoderarse de ellas, ya atendiendo a tomar también por inteligencia la plaza de Cambray, ya permitiendo que hiciesen los enemigos grandes levadas de gente en sus Estados, ya en fin, prestándoles grandes sumas de dinero y armas» (2), y Enrique IV «anhelaba por pretextos para formar contra nosotros una liga general en Europa, que destruyese el poder de la Casa de Austria y con él la grandeza de la monarquía española» (3), y tanto él como su ministro Sully «aborrecían de corazón a España» (4).

La muerte inopinada bajo el puñal de Ravallac (1610) impidió a Enrique IV llevar más allá sus planes contra España; pero como la *natural enemiga* de Francia contra nuestra nación en todo aparece y

(1) Salcedo; pág. 380.

(2) Cánovas del Castillo.—*Hist. de la Decadencia de España*, etc.; pág. 78.

(3) Cánovas del Castillo.—*Bosquejo histórico de la Casa de Austria*; pág. 194.

(4) *Hist. de la Decadencia de España*, etc.; pág. 118.

siempre palpita y en lo grande como en lo pequeño, jamás deja de manifestarse, si de un lado no faltó quien atribuyese a malas artes españolas aquel crimen, calumniando torpemente, como dijo Cánovas, los que dejaron correr tales voces a nuestro buen rey Felipe III (1), de otro, a propósito del mismo Felipe III y con ocasión de su muerte, forjóse una leyenda en que quedaban en ridículo los grandes palatinos de la corte de España, suponiéndoles culpables de la muerte de su Rey por no haber apartado oportunamente un brasero, servilmente sometidos a la letra de la etiqueta. Y la ridícula, pero malévola e insidiosa patraña la forjó... ¡quién había de ser! el embajador francés Basompierre (2).

Con Felipe IV no fueron ya sólo intentos y planes e intrigas lo que concibió y maquinó y fraguó la política francesa contra España, sino que en su reinado hubimos de soportar las más tremendas y constantes hostigaciones de esa política y... ¡triste es confesarlo!, sucumbir ya, en ocasiones, a sus ardides. «Desde el tiempo de Enrique IV los Embajadores franceses no habían hecho más que espiar nuestras flaquezas y delatarlas» (3) y cuando en tales condiciones y tras tales preparativos llegó al poder Richelieu «el mortal enemigo de España» (4), anheloso de ver a su nación ocupando el primer puesto de Europa, comprendió que eso sólo podía lograrse destruyendo el poder de la Casa de Austria y ya no pensó en otra cosa que en «destruir nuestra influencia y nuestro

(1) *Hist. de la Decadencia de España*, etc., pág. 118.—Lafuente, tomo XI, pág. 161.

(2) *Hist. de la Decadencia de España*, etc., pág. 155.

(3) *Hist. de la Decadencia de España*, etc., pág. 228.

(4) Lafuente, tomo XII, pág. 2.

predominio» (1), siendo entonces cuando el Conde-Duque de Oñate había de escribir a su Rey que «es el rey Cristianísimo el mayor enemigo que tiene la augustísima Casa de Austria» (2), y que «la Francia es por naturaleza la más irreconciliable y poderosa enemiga que tiene esta Monarquía» (3).

A ese intento de anulación del predominio español que tanto le molestaba obedeció la declaración de guerra que en 1636 hiciera a Felipe IV Luis XIII acusando a nuestro Monarca de ambicioso aspirante al establecimiento de una Monarquía universal; y cuan injusta era la agresión y cuan verdaderos en cambio los agravios que nosotros teníamos recibidos de Francia, probáronlo en aquella ocasión, en innúmera multitud de escritos, políticos y teólogos y moralistas en perfecto acuerdo. El sentimiento popular y el de los primates y el de la Corte manteníanse unificados; España tenía una enemiga feroz y esa enemiga era Francia; y un enemigo ambicioso y audaz, muy dado a las males artes como gobernante, y ese era el primer ministro y privado francés, el Cardenal Richelieu.

No es nuestro empeño escribir un detallado estudio de cuanto pertinente a nuestro tema encontraríamos en la crónica de ese reinado, pero encaja en nuestro propósito señalar como, desacostumbrado y poco afecto a la guerra Felipe IV, exaltaban en cambio por entonces Luis XIII y Luis XIV «con su presencia en los campos, el genio belicoso de la aristocracia francesa» (4), según hace notar Cánovas, ni más ni menos como los príncipes alemanes alientan

(1) *Hist. de la Decadencia*, etc., pág. 225.

(2) Cánovas del Castillo — *Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo II pág. 523.

(3) *Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo II, pág. 552.

(4) *Estudios del reinado de Felipe IV*, pág. 52, tomo I.

noblemente hoy con su ejemplo el espíritu belicoso de su pueblo, mereciendo por ello las execraciones de todos los aliados por un *militarismo* que *tan de perlas* les parece sin duda cuando así al servicio de la grandeza de Francia lo encuentran en su historia.

Estudiando esta época y haciendo atinadas comparaciones de tiempo con tiempo, Cánovas hablaba ya en 1888 de lo inevitable que le parecía un duelo a muerte entre Francia y Alemania, clarividencia de estadista que demuestra como no hay que extrañar la actual guerra ni devanarse los sesos por descubrir quién sea el más directo y verdadero culpable de ella, cuando en realidad no hace falta exagerar inculpaciones por aquello que fatalmente, sin que pueda motivar otra exclamación más justa que la de *digitus Dei est hic*, va surgiendo en la marcha de los pueblos.

Pruebas de cuál era por entonces el odio de los franceses contra España llenan las historias. Así, el mismo Sachetti comunicaba al Conde-Duque «que había católicos (referíase a Luis XIII y Richelieu) que por temor a la potencia de la Casa de Austria y por despecho, no sólo pensaban seguir aliados a los herejes, sino hasta en llamar al turco y al propio infierno, si les fuese posible» (1); y Cánovas del Castillo afirma que «los franceses del primer tercio del siglo XVII, solían tratar de la lucha contra *el español*, como en común nos llamaban, con más pasión que ningún periodista de París habla ahora de la que un día u otro con los alemanes aguardan» (2). Y, el historiador catalán, continuador de Melo, don Jaime Tió (3), cree que «en la política del cardenal

(1) *Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I, pág. 89.

(2) *Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I, pá. 90.

(3) *Hist. de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, por don F. M. de Melo, terminada por D. Jaime Tió, pág. 255.—Barcelona, 1842.

ministro entraba acaso muy holgada la idea de que Cataluña se constituyese en república bajo el patronato de Francia, para que así regida por el influjo del gobierno francés, y sostenida por sí misma, no fuese una carga y pudiese dar provecho a la Francia misma».

Luis XIII y Richelieu invocando hasta el infierno contra la católica España y pensando en transformar en república la aun gloriosa y muy católica Monarquía española, y ahora tantos aspavientos entre franceses y amigos suyos porque la católica España ve con más simpatía al Austria católica y a la Alemania religiosa, aunque por desgracia protestante, que a la Francia atea, perseguidora de la Religión de Cristo y tan olvidada de Dios que ni una sólo vez se hace mención de El ni se invoca su auxilio, en documentos o discursos oficiales!

El estado de ánimo, ya descrito, de verdadero odio de Francia contra España, favoreció grandemente la desdichada sublevación de Cataluña, contra el resto de España, y ocasionó aquel bochornoso momento en que Cataluña, tomando pretexto de desaciertos y agravios de los gobiernos de España se echó en brazos del francés llegando a vitorear a Luis XIII por las calles de Barcelona y a reiterar promesas de completa adhesión a Francia; pero como dice admirablemente Cánovas (1) dióse bien pronto el caso de que aprendiese Cataluña, «por experiencia dolorosa, que la Monarquía española era más blanda y transigente con los privilegios, las exacciones y las preocupaciones particularistas que la francesa, razón por lo cual *de todo corazón* volvieron sus ojos los catalanes, clero, nobleza y pueblo a Felipe IV, hasta el punto de que

(1) *Estudios del reinado de Felipe IV*; tom, I, pág. 108.

jamás se ha peleado con mayor enojo que pelearon luego, no ya contra Luis XIV, sino hasta contra su nieto».

Mas por odio a los franceses que por afición a los castellanos, dice acertadamente Lafuente (1) que volvieron los catalanes a la obediencia del Rey de Castilla, haciéndose popular, como sólo por breve paréntesis había dejado de serlo, el grito de ¡mue-
ran los franceses!, añadiendo el moderno historia-
dor que «tan abominablemente se habían produci-
do los franceses, tales habían sido sus tiranías, atro-
pellos, vejaciones, desafueros y liviandades que les
pareció a los catalanes cien veces más soportable
y preferible la dominación de Castilla que habían
sacudido que el yugo francés a que se habían sujeta-
do..... La ingratitud de Francia al pueblo catalán fué
horrible; así, el odio que quedó en Cataluña al pueblo
francés fué tan profundo que duró todo el resto de
aquel siglo y gran parte del otro». «Dígalo, si no, su
tesón y el poderoso brío con que defendió a la casa
de Austria medio siglo después, escribe un historia-
dor catalán (2), cuando alegando derechos el archi-
duque Carlos y el duque de Anjou, aspiraban en-
trambos a la corona de España. ¿Qué provincia mos-
tró mayor entereza, ni dió mayores pruebas de su
sincero amor que Cataluña? ¿Cuál derramó más san-
gre propia y enemiga? Tenía viva en el alma la ima-
gen de la guerra que hemos descrito, recordaba el
abandono de Francia, y acusaba su mala fe.....»

No otra cosa reconoce el historiador, tan apa-
sionado defensor de la causa catalana, don Antonio
de Bofarull, al confesar que «la Francia fué ingra-

(1) Tomo XII., pág. 297.

(2) *Hist. de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, escrita por F. M. de Melo, terminada por D. Jaime Tió, pág. 346.

ta, egoísta y tirana con Cataluña» (1), y que debemos felicitarnos de que así fuera, pues de lo contrario «tendríamos que ahogar los catalanes, por ser franceses, todos nuestros antiguos y gloriosos recuerdos, simbolizados precisamente con el odio de siglos a la Francia, como tienen que hacerlo ahora los Roselloneses y Ceritanos...» (2).

Expresión de ese odio secular a Francia fué el modo como del propio rincón de Cataluña en donde esto escribo, de la vecina histórica villa de Perelada, según recuerda el gran obispo escritor Torras y Bages (3): «quan la vinguda del francés en l'any 1640, l'hereu del casal de Rocaberti estudiaba a Oisca, i al oir la remor de guerra en el Rosselló y alta Catalunya se'n torná a casa seva, armá la seva gent i s'oposá als francesos»; como, años después, en lides bien distintas, de alta teología, otro hermano menor de ese Rocaberti, el Arzobispo Fray Tomás, había de ser victorioso impugnador del obispo francés Bossuet, rey del púlpito, de la historia y de la teología *en cuanto ésta no ofendiese a Luis XIV*, según la hermosa y punzante frase de nuestro Torras y Bages (4).

Si Richelieu había sido siempre tenacísimo y mortal enemigo de nuestra España, astuto por demás y desaprensivo, el Cardenal Mazarino que le sucedió en la privanza del Rey y gobierno de Francia fué «tanto o más enemigo que él de las casas de Austria y España» (5), y toda su conducta de gobernante y el recuerdo de la humillante Paz de los Pirineos después de la cual no se pensó ya en Francia

(1) *Historia de Cataluña*, t. VIII, pág. 194.

(2) *Historia de Cataluña*, t. VIII, pág. 195.

(3) *Obras completas*, t. VI, pág. 286.

(4) *Obras completas*, t. VI, pág. 287.

(5) Lafuente, t. XII, pág. 294.

en otra cosa «que en fabricar nuestra ruina», según ya comunicaba al Rey el Duque de Lucar (1), son asaz suficientes para que todo buen español haya de sentir siempre patriótica repulsión contra Francia, aun sin recordar como contra lo estipulado en aquella misma por Luis XIV nos infirió la nueva ofensa, verdadera iniquidad, como dice Lafuente (2), de dar muy eficaces auxilios a Portugal contra España.

No se olvide aquí como, respondiendo al constante sentimiento nacional antifrancés, aun en la misma Paz de los Pirineos donde tan hermosos pedazos de territorio español nos fueron arrebatados por Francia (¡oh, la Alsacia y la Lorena!), y donde «Luis XIV después de abatir la España quiso cimentar su futura dominación sobre ella» (3), procuróse no obstante sustraernos a la influencia francesa con la cláusula que imposibilitaba la unión de las dos coronas que a tantas luchas posteriores había de dar lugar.

Y entramos ya en el reinado de Carlos II, y lo que el mismo fué en nuestras relaciones con Francia bien resumido quedó por Cánovas al decir que «no obstante la paz de los Pirineos la Francia de Luis XIV más ambiciosa aún y más poderosa que la de Luis XIII, *no pensó en otra cosa que en crecer a nuestra costa durante la flaca regencia* y la larga minoridad de Carlos II» (4), lo mismo que por Lafuente al consignar que «el Monarca francés aguijoneado por la codicia y nada atormentado por la conciencia rasga sin escrúpulo las páginas solemnes del tratado solemne de los Pirineos y por una

(1) Cánovas del Castillo.—*Estudios del reinado de Felipe IV*, t. II. página 533.—Apéndice.

(2) Tomo XII, pág. 299.

(3) Lafuente, t. XII, pág. 299.

(4) *Estudios del reinado de Felipe IV*; tomo I, pág. 304.

parte protege y fomenta la guerra en Portugal y por otra conduce atrevidamente sus ejércitos a los Países Bajos, allí para arrancarnos un reino, aquí para arrebatarnos los menguados dominios que nos quedaban, so pretexto del pretendido *derecho de devolución* que alega corresponde a la reina su esposa» (1); y hasta la fiel ciudad de Messina se insurrecciona y son allí abatidos, como antes en Nápoles, los escudos de las armas españolas a los gritos siempre naturalmente contrapuestos de ¡Viva Francia! ¡muera España! (2); y con la triste paz de Nimega y la elevación al trono de España de María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, siéntese oprimemente el influjo de ese Rey sobre nuestra España, contribuyendo, apresurando y afianzando nuestra decadencia.

Detalle no despreciable, antes sí de oportuno recuerdo aquí como fiel reflejo del constante ánimo popular siempre en tierras hispanas dispuesto contra Francia y bien persuadido de que allí se maquinaba siempre contra España, es el de que creyera el vulgo que «el no haber tenido hijos María Luisa, nacía de algunas medicinas que le habían dado en Francia para que faltase sucesor a España» (3).

Caída de su antigua grandeza, entre distintas naciones en litigio su trono, hubo de rendirse España al finir el siglo XVII a la supremacía de Francia, y fruto primero de tal supremacía fué que se resolviera a favor de Francia aquel litigio viniendo un nieto del monarca francés, Felipe V, a ocupar el trono español a pesar de las dobles renunciaciones por las cuales repetidamente el nacional espíritu *antifran-*

(1) Lafuente; tom. XII, pág. 508.

(2) Lafuente, tom. II, pág. 512.

(3) Cánovas del Castillo.—*Bosquejo de la Casa de Austria*; pág. 373.

cés había procurado siempre excluir a la casa de Francia de este Trono.

Trátase ya del fundador de la Dinastía augusta que rige aún hoy felizmente los destinos de nuestra nación y quizás haya de considerarse en definitiva como muy gran acierto del débil Carlos II el disponer las cosas en forma que viniera a ser nuestro amigo en vez de perpetuarse como nuestro rival el poderoso Luis XIV, «nuestro mayor enemigo», en frase de Cánovas (1), y aunque claro es que la influencia francesa había de notarse y sentirse de modo muy especial en los primeros momentos de un total cambio de dinastía, pareciendo indubitable, como afirma Cánovas, que «si un cambio era indispensable, donde menos había de buscarse nueva dinastía era en el vecino reino de Francia» (2), fuerza es no obstante reconocer que, como dice muy bien Salcedo, «subsistió, sin embargo, el carácter nacional y aunque a la zaga de Francia y a veces soportando su mal disfrazada hegemonía, fuimos independientes de hecho y de derecho» (3).

Por eso, vivo siempre e inmutable *el odio al francés*, resistióse tan tenazmente nuestra Cataluña al reconocimiento de Felipe V, siendo más que la cuestión legal de sucesión que se ventilaba, ese *odio al francés*, o sea el espíritu tradicional tan arraigado en nuestro país como en el resto de España, lo que se rebelaba contra la intromisión de la nación vecina y su influencia sobre nosotros.

Entronizado y por todos reconocido al fin Felipe V, supo el inteligente Monarca hacerse digno del amor de sus súbditos y fué en rigor un buen Rey español que supo hasta sustraerse a la influencia

(1) *Bosquejo de la Casa de Austria*; pág. 389.

(2) *Bosquejo de la Casa de Austria*; pág. 389.

(3) Salcedo; pág. 412.

francesa de la Princesa de los Ursinos, pasando a ser el italiano Alberoni quien alcanzó el supremo ascendiente sobre el Monarca como su primer ministro y bien pronto, a pesar de la procedencia francesa del Rey de España, la Francia gobernada por el Duque de Orleans, regente de Luis XV, se unía contra España a la cuádruple alianza; pero Felipe V sabía erigirse frente a su propio abuelo francés «negándose a firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso a España y a sus derechos» (1), y atreviéndose a oponer un españolismo castizo de «*aún habrá Pirineos*» a las sugerencias del Monarca francés.

Una vez sola se acordó más de que era francés que de respetar las leyes de su nueva patria adoptiva el buen Felipe V, implantando el Auto de 1713 «contra el sentimiento general del país» (2), y haciéndolo así por la influencia francesa nos dejó un germen de crueles intestinas guerras y de males sin cuento para la nación, ya que al apartar andando el tiempo, esa ley, a un núcleo importante de buenos y fervientes monárquicos del amor y sumisión a la dinastía reinante había de dejar a ésta debilitada frente a la revolución y justamente recelosa respecto de un gran sector de sensata opinión española. Una ley *afrancesada*, contraria a *la antigua y castiza ordenación sucesoria*, según frase del Marqués de Lema, que expresa y confirma ideas por nosotros ya mantenidas en *Política de Balmes* (3), había de ser precisamente ¡extraña obcecación! la que privara a la tradicional monarquía española del apoyo del tradicionalismo español más exaltado. ¡La

(1) Lafuente; tomo I, pág. LXXIX.

(2) Marqués de Lema.—*Estudios históricos y críticos*.—1.ª serie, página, 185.—Madrid, 1913.

(3) Páginas 29 y 50.

influencia francesa siempre pesando funestamente y ocasionando males y desdichas a España!

Y llegamos ya al reinado de Fernando VI, a quien se atribuye la conocida máxima reguladora de su política internacional: *con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra*, y una absoluta neutralidad entre el partido inglés y el partido francés que a su alrededor se disputaban la influencia, y bien podemos decir por ello que concordaba su pensamiento de lleno con la tesis que aquí, contra lo dicho por el señor Mella en su discurso del teatro de la Zarzuela, venimos sosteniendo; *ingleses, no; pero... paz con Inglaterra, franceses jamás*.

Hay que llegar a Carlos III y encontrarnos con el *Pacto de Familia* y sus muchas desastrosas consecuencias para hallar un momento de nuestra historia en que totalmente a la influencia francesa sucumbiese el poder español, y en cuanto con eso tropezamos y vemos, como otra de sus consecuencias, el encumbramiento del Conde de Aranda y otros ministros, a pesar del temperamento devoto del Monarca, el regalismo español no sólo se amplía y extiende tomando aspecto parecido al de Francia, sino que «llegó a su apogeo la tendencia antirromana» (1); y eso, y la inicua expulsión de los jesuitas, borrones de ese por otros conceptos glorioso reinado, constituyen ¡venidos de Francia! los primeros jalones de la política anticlerical española que al reverdecer en nuestros días con Canalejas, con Romanones, o con los intentos de Melquíades Álvarez, es siempre tomando patrón del vecino Estado, queriendo seguir los pasos de Waldeck-Rousseau o Clemenceau, de Combes o de Viviani (2).

(1) Salcedo.—Pág. 416.

(2) Waldeck-Rousseau inició y Combes consolidó la persecución a las órdenes religiosas aun vigente; y Clemenceau y Viviani alardearon públicamente de sanatismo, el primero llamándose «hijo de Luzbel, su noble padre», y el otro tratando de «apagar las luces del cielo».

La adhesión de España a la coalición europea contra la revolución francesa evidencia en el reinado de Carlos IV cómo sabíamos sobreponernos a los intereses nacionales para ser fieles a los deberes y sentimientos religiosos que nos impulsaban a combatir a la Revolución, y era en este mismo rincón de España donde tanta benevolencia y predilección han hallado en nuestros días los errores y las corrupciones francesas donde, como refiere Pella y Forgas (1), «la guerra religiosa y realista (llamada por nuestros abuelos «la guerra gran» empezó colosal como cruzada del espíritu católico y monárquico contra la Revolución»; y de este Ampurdán (Cadaqués) salió el mariscal D. Juan Escofet que se distinguió en la toma de Bellagarde; y en nuestra Figueras aparece fechada una instrucción del general Conde de la Unión para la organización de somatenes a que son llamados los pueblos «para defenderse de los franceses destructores de nuestra Santa Religión y enemigos de toda la humanidad» (2). ¡Lo que ellos dicen hoy de los alemanes!

Léase a Bofarull en su *Historia de la guerra de la Independencia*, o a Melo, o a Ossorio y Gallardo en la suya del *Pensamiento político catalán durante la guerra de España con la república francesa*, y se verá con sobra de noticias y pruebas y datos de todo género cómo «el pueblo catalán mantuvo latente y en aumento su odio a los franceses» (3), y cómo los franceses, adelantándose y dando ejemplo a esos que tan despectivamente llaman hoy *boches*, saqueaban, incendiaban y causaban desolación y espanto y ruinas donde quiera que penetraban, aun

(1) *Historia del Ampurdán*; pág. 745.

(2) *Historia del pensamiento político catalán*, etc.; por D. Angel Ossorio; pág. 91.

(3) Ossorio.—Pág. 110.

cuando en alguna ocasión por habilidad política sus generales les exortasen a lo contrario. Y hasta en el orden político trataban entonces, como siempre, los franceses de perturbar la buena marcha de nuestra nación «soñando con hacer de Cataluña una república independiente bajo el protectorado francés» (1), y como afirma Miguel S. Oliver (2), «el Gobierno de París, fiel en su propósito de soliviantar a los pueblos contra los reyes que lo combatían, trataba de organizar en toda regla la propaganda revolucionaria en España, inundábanos clandestinamente de folletos y papeles subversivos y sostenía junto a la frontera, uno en Bayona, otro en Perpiñán, dos comités destinados a atizar el fuego en la Península».

Con recordar que en el siglo XIX intentó Napoleón robar el trono de España a los Borbones para sentar en él a su hermano José, llegando para ello, con la falta de sentido moral que le caracterizaba, a las añagazas y ardidés del peor género que señala la historia de tales sucesos; y que contra ello se levantó erguida, unánime, España entera en el alzamiento inmortal que, con la guerra de Africa (40 años después), constituyen los dos últimos vividos fulgores de nuestro antiguo esplendor y hermoso patriotismo, está de sobras expresado cuál fué el *antiafrancesamiento* español en esta época, exteriorizado con sabor popular bien castizo en aquella copla que el P. Coloma (3) pone en boca del noble guerrillero español, creída por él como artículo de fe:

(1) Ossorio; pág. 152.

(2) *Los españoles en la revolución francesa*; pág. 240.—Madrid 1914.

(3) *Las borlitas de Mina*.—Edición folletín *Diario de Barcelona*, página 49, año 1907.

«S. Luis, Rey de Francia, es
el que con Dios pudo tanto,
que, para que fuese santo,
le dispensó el ser francés»;

que coincidía con el mismo pensamiento de D. Juan Solarno, consejero de Felipe V, al decir: *El mejor francés, francés es*; exactamente como en tiempo de Felipe II, D. Luis de Zúñiga, embajador español en Roma, escribía a propósito de la muerte del Rey de Francia: «Ha muerto el Rey cristianísimo, para francés no era mal hombre;» (1) y que daba ocasión a que nuestro gran Balmes escribiera, en su *Pío IX*, (2) que «sentíamos perfectamente lo que debe significar para un italiano la palabra *adicto al Austria* nosotros que tan hondamente sentimos lo que expresa la palabra *afrancesado*», y, poco después, que no lamentaba que hubiera Pirineos, sino que lo que sentía era que no fuesen más altos, coincidiendo también en esta gráfica expresión con lo que en tiempos de Felipe V había escrito a ese Rey, oponiendo contra la construcción de una carretera que se proyectaba para unir a Pamplona con Francia, el virrey de Navarra, conde de Gages: «murallas y no caminos es lo que hay que hacer entre Francia y España» (3).

Y ese *antiafrancesamiento* tal como lo acabamos de señalar recorriendo la marcha pública de la nación en sus diferentes reinados y en sus movimientos populares, lo encontramos igualmente constante y vigoroso en sus clases directoras y en sus hombres de letras, aunque cual fugaces meteoros y como para hacer más resaltar con el contraste el

(1) Angel Salcedo en el *Diario de Barcelona*, Mayo de 1915.

(2) Pág. 51, edición *Miscelánea*.

(3) *Francia y España*. Muy interesante artículo de *El Universo*, de 9 Octubre 1915.

vivo sentimiento español, aparezcan, de cuando en cuando, tipos de *afrancesados*, siempre, por nuestro pueblo, señalados con desprecio, como traidores. Negaríamos, empero, lo evidente si desconociéramos que hasta en los días en que más ardorosamente se oponían nuestros soldados a los avances de la Revolución francesa, *su espíritu* se infiltraba lentamente en una parte de nuestra sociedad, flaqueando por vez primera, entonces mismo, como triste consecuencia de ello, el patriotismo de algunos españoles; llegando en ocasiones a adueñarse ese espíritu de nuestra sociedad hasta el punto de que jóvenes aristócratas ¡insensatos! se engalanasen con el gorro frigio y hasta señoras se vistiesen de tricolor para presentarse al teatro. Es que las *ideas filosóficas*, ya de ello se había quejado la Inquisición, cundían por el reino y así se había llegado con Carlos IV y Godoy a aquella triste situación que sintetizó un general portugués, diciendo: «España y Portugal son dos burros que tienen cada uno su arriero: España a Francia y Portugal a Inglaterra; nos pegan para que no demos coces» (1).

Van unidas para España las tristezas y vergüenzas del reinado de Carlos IV con el hecho histórico de que el embajador de Francia en Madrid fuera *el amo* de nuestra política y de nuestros recursos y encendiese nuestro rostro avergonzado y la ira se apodera de nuestro corazón al recordar ciertos hechos de todos conocidos con que se inauguró el reinado de Fernando VII y se manifestó entre nosotros el poder desaprensivo de Napoleón según anteriormente hemos ya insinuado; y cómo contrarrestaron todo eso luchando heroicamente contra el francés nuestros abuelos (2), no hace falta reseñarlo aquí

(1) Salcedo; pág. 420.

(2) Distinguiéronse en la heroica lucha, en los sitios de Gerona, a pesar de no pertenecer al Ejército y sí sólo movidos de su gran patriotismo.

puesto que de ello en el seno de nuestras familias y en el regazo de nuestras madres y abuelas hemos oído las más vividas reseñas.

Imposible parece que de nuestra Cataluña hayan salido en esta guerra atrocísima que desola el mundo voluntarios catalanes en pro de la causa de Francia; y más imposible que cultos (?) catalanistas puedan sentir simpatía alguna por la Francia unitarista; pero, porque eso es hecho cierto, aunque bien lamentable, sentímonos más vivamente aguijoneados por que salgan de esta misma tierra catalana, y de quien, por otra parte, muy ardientemente ama el patrio solar y el *pairal* hogar y las castizas tradiciones regionales, estas nuestras modestas, pero ardientes, voces de amor a España al unísono de las del resto de la nación.

Nada hay en el reinado de D.^a Isabel II y tiempos posteriores, que contraríe nuestra tesis, antes sí, para afirmarla, el hecho constante de que los poderes públicos de Francia se preocupen y desvivan siempre por entrometerse, perturbándola, en la política de nuestra nación, ya con el cónsul Lesseps, favoreciendo sublevaciones populares en Barcelona, ya con Mac-Mahon, ayudando al Pretendiente para prolongar la guerra civil, ya con Gambetta, alentando y auxiliando a Ruiz Zorrilla en sus revolucionarios intentos, y mil y mil veces más; y no es hora aún de desentrañar con carácter histórico y plenos datos, cómo, en los días del desdichado Ferrer y del despreocupado Lerroux, y aun en estos mismos en

el tatarabuelo y los dos bisabuelos del autor, ilustres abogados, el doctor D. Francisco Fages y Sans (1748 y 1809) muerto, y enterrado durante el sitio en el convento de Capuchinos de la inmortal ciudad, y el Dr. D. Antonio Tomás Fages y Sans (1786-1854) nombrado subteniente de Migueletes y ayudante de campo del bizarro D. Juan Clarós; y el Sr. D. Francisco Javier de Perramón y de Caramany, Teniente de la *Compañía de Reserva del General*.

que escribimos, en que, como explicación de la huelga revolucionaria que ha tenido en tan grande alarma a toda España, se dan por ciertas tan apremiantes campañas intervencionistas (1).

En el hecho del apoyo de «todos los partidos» de Francia a Carlos VII, funda su confidente y secretario Melgar, hoy tan estimado de los aliadófilos (2), una de sus más duras y amargas diatribas contra el actual tradicionalismo tan afecto a la causa de Alemania y tan desviado, por tanto, de aquella caballeresca gratitud que entiende Melgar deberían sentir por la Francia que les ayudara.

Notoria es también la ofensa que nuestra augusta Dinastía recibiera en París cuando el viaje del nunca bastante llorado Alfonso XII; y es pública también la simpatía vivísima que aquel Rey tan español y tan bien orientado sintió siempre por Alemania, tomándola por modelo y guía en cuantas reformas en el ejército llevó a cabo o proyectó; y Salcedo (3) ha incorporado ya a la historia de nuestros días el hecho de que el malogrado Soberano, en una de las últimas conversaciones que tuvo con aquel otro gran patriota español y experto y valeroso y habilísimo soldado y capitán que se llamó Polavieja, trató de cómo por los Pirineos pudiéramos atacar a Francia (4) con feliz éxito, en el momento en que en otros frentes se viera acometida por Alemania.

Hemos visto ya lo que nos enseña la Historia, ma-

(1) Hervé, en *La Victoire*, afirmó que se había promovido «el movimiento revolucionario para la implantación de la República con el fin de que España... por su participación en la guerra de liberación realizara, al volver la paz, un vuelo digno de su glorioso nombre». Artículo de *La Acción* de 12 Septiembre 1917.

(2) En *desagravio*, por D. Francisco Melgar.—Pág. 57, 2.ª edición.

(3) Pág. 809.

(4) Cuéntase que dijo D. Alfonso XII al general Polavieja: «Todavía hemos de hacer usted y yo una campaña en los Pirineos». Artículo de *El Universo* de 12 Agosto 1914.

dre de la experiencia y maestra de la vida; réstanos dejar bien afirmado, como entre las altas mentalidades españolas se ha mantenido también siempre el espíritu antifrancés, salvo rarísimas ya consignadas excepciones, aunque otra cosa pretendan hacer creer ciertos intelectuales cursis de nuestros días (1).

Para las derechas españolas que es para quienes esto principalmente escribimos, Torras y Bages, Cánovas del Castillo y Balmes, son, a nuestro juicio, con Menéndez Pelayo, las más altas autoridades a que en el campo derechista español se debe recurrir. De Cánovas y de Balmes queda ya exprimido, bello y contundente, todo el pensamiento en los textos que adoptamos por lema y en otras citas de este trabajo (2); de Menéndez Pelayo es igualmente bien conocido un acendrado españolismo sin disfraces, y que la simpatía que por Francia pudiera sentir, como muy enamorado de la cultura latina, no debilitaba en lo más mínimo aquel ardiente patriotismo con que escribía su briosa, brillantísima y contundente defensa de *La Ciencia Española*, proclamando como síntesis de su pensamiento sobre ella «que el olvido y desprecio de nuestra tradición científica se inicia en los últimos años del siglo XVIII y es debido exclusivamente al enciclopedismo y al espíritu francés que no podían menos de condenar y tener en poco una cultura católica e indígena» (3). El, se

(1) «Entre los intelectuales existen lacayos serviles y almas sin dignidad» y muchos de ellos «llenos de erudición parisiense, insuflados de soberbia y modernismo, pusieron a juzgar España con un criterio extranjero» ha escrito tan justa como valientemente Salaverría en su hermoso y confortador libro *La Afirmación española*, que leemos cuando ya las cuartillas del presente folleto están en poder del editor.

(2) «La influencia francesa ha sido casi siempre una calamidad para la España», decía Balmes en el mismo trabajo de donde es la cita suya que nos sirve de lema.

(3) *La Ciencia Española*; pág. 456.

lamentaba de que «nuestros planes de estudios, comenzando por el de 1845, han sido copia servil de la legislación francesa» (1), y de que «en España cualquier libreo escrito en francés pasa por un quinto evangelio» (2). El, en fin, nos deja bien probado, al poner al descubierto el furor antiespañol del benedictino francés Dom Leclercq, autor de *L'Espagne chretienne*, como, siendo francés, no basta ni siquiera el ser erudito y el ser religioso para verse libre del apasionamiento y odio profundo que sienten los hijos de la vieja *Gallia* contra España y hasta «contra las tradiciones de la Iglesia española» (3).

En cuanto a Torrañ y Bages todos conocemos lo hondísimo de su sentido tradicionalista en el más exacto y cabal sentido de esta palabra y el ardor con que condena también la menor tendencia por extranjerizarse, y como entiende que el patriotismo verdadero ha de ir unido siempre, al menos en nuestro país, al espíritu religioso, cuando hablando a sus diocesanos de la victoria del Bruch escribe: «*tots els que haveu llegit alguna cosa d'aquella època de la guerra de la Independencia, ja sabeu quins eran els afrancesats i qui foren els que tingueren l'abnegació d'ésser com uns màrtirs de la Patria*» (4); así como recuerda en otras ocasiones buenas cualidades de nuestro país «*abans de que fos invadit per la borda democracia nascuda de la Revolució Francesa*» (5); y alude a «*aquella gent lleugera, enamoradiça de tot lo nou, a qui agrada ser mona dels estrangers*» (6), y a la «*moda parisenca, gran*

(1) *Historia de los Heterodoxos españoles*, Obras completas, tomo I, pág., 25.

(2) *Historia de los Heterodoxos*, Obras completas, tomo I, pág. 27.

(3) *Historia de los Heterodoxos*, Obras completas, tom, I, pág. 27.

(4) *Obras completas*, tomo IV, pág. 360.

(5) *Obras completas*, tomo IV, pág. 29.

(6) *Obras completas*, tomo IV, pág. 29.

destructora de les costums i vida regional de tot Europa (1), y a como «*els liberals a LA FRANCESA son els grans propagandistes de l'unitat civil per ells inventada*» (2), y a que el pueblo francés es «el más revolucionario de todos los pueblos de la tierra» (3), afirmando que oprimida por el yugo de la impiedad «*es mirada (la Francia) amb repugnancia y tractada amb menyspreu per les altres nacions.. incapaç de donar verdadera llibertat al poble*» (4); señalando «*la preferencia per tot l'estranger, que avuy domina força com síntoma trist de debilitat*» (5); hablando de como el Obispo-Cardenal Casañas salvó el carácter nacional de Andorra «*que amenaçava ofegar la invasora influencia francesa*» (6) y de «*la nostra Espanya que servilment segueix a aquella lleugeríssima nació*» (7), justísimo sconceptos que convendría aprendieran de tan esclarecido maestro muchos de los catalanistas de hoy, de Francia tan triste y torpe y peligrosamente enamorados.

Y tenía también el gran Obispo a la Alemania de hoy por «la nación más ilustrada de Europa» (8) y por constituida «ostentando un patriotismo, un ciudadanismo, que contrasta con el estado actual de la sociedad francesa» (9); y recordaba el *Germania docet* de León XIII, haciéndolo suyo (10).

Para los conservadores catalanes al menos, de no menor autoridad que los cuatro grandes astros

-
- (1) *Obras completas*, tomo IV, pág. 89.
 - (2) *Obras completas*, tomo IV, pág. 100.
 - (3) *Obras completas*, tomo IV, pág. 286.
 - (4) *Obras completas*, tomo IV, pág. 125.
 - (5) *Obras completas*, tomo VIII, pág. 295.
 - (6) *Obras completas*, tomo VII, pág. 557.
 - (7) *Obras completas*, tomo VIII, pág. 452.
 - (8) *Obras completas*, tomo V, pág. 260.
 - (9) *Obras completas*, tomo VIII, pág. 156.
 - (10) *Obras completas*, tomo VIII, pág. 482.

de la intelectualidad derechista española a quienes acabamos de seguir, era el que fué tantos años Director del *Diario de Barcelona* y en aquellas páginas doctor y maestro de doctrina conservadora, don Juan Mañé y Flaquer. Y de ese concienzudo escritor, con cuya amistad nos honramos en los días de nuestra juventud, son, en sus *cartas a Cándido* en el *Diario*, publicados los siguientes durísimos conceptos: «Ha sido para nosotros una irreparable desgracia el vivir tan cerca de Francia. Esta circunstancia nos ha traído e indudablemente nos traerá, males de consideración: locura, pobreza, sangre, ruinas, constantes perturbaciones» (1).

Del venerable Fray Diego de Cádiz, el celosísimo Apóstol de Andalucía, se cuenta también que ni aún quiso aprender francés para no caer en la tentación de leer a los nefastos enciclopedistas cuyas obras se le ponderaban como la última y definitiva palabra de la elegancia literaria (2).

Y si de esas grandes autoridades de la derecha española en el siglo XIX y comienzos del presente, queremos remontarnos a las de otras edades, encontraremos que hasta el mismo cruditísimo P. Feyjoo, seguidor de todo el movimiento intelectual francés y tan influído por él hasta en su estilo, nos deja en sus escritos abundantísimas pruebas del fondo de su alma castizamente española y de la aversión que mucho de lo de Francia le inspira, siendo él quien escribió en defensa de historiadores españoles acusados por autores franceses de poco veraces, que «muchas verdades de nuestra Historia los incomo-

(1) *Viaje alrededor de la república*. Cartas a Cándido, por D. Juan Mañé y Flaquer. Coleccionadas y ordenadas con prólogo de D. Arcadio de Arquer, pág. 51. Barcelona 1911.

(2) A. Salcedo, en artículo *Viajes de antaño*, III, del *Diario de Barcelona* de Agosto de 1916.

dan, y nadie está mal con alguna verdad, que no la llame mentira» (1); y aun en su trabajo sobre *Antipatía entre franceses y españoles*, por entre las zarzas de la argumentación con que más bien trataba de probar algo menos conforme con nuestra tesis, se le escapaban datos que totalmente la favorecen; y cuenta que, como dice el prologuista de sus obras en la edición Rivadeneyra, D. Vicente de Lafuente, el docto benedictino, escribía principalmente dentro del reinado de Felipe V en que el ardoroso monarquismo de la época, llevaba naturalmente, por deferencia al Rey, a no extremar la nota contra Francia antes sí la deferencia para con ella.

Del gran D. Francisco de Quevedo, expresión de neto españolismo escrita con magistral donaire, recopilación de agudos dichos bien poco favorables a los franceses, de Polibio, y de Eguinharto, y de Sancho el Bravo, y de Cicerón, y de Justino y de Julio César y de Floro; compendio de quejas muy justas por la política de Francia contra España; revelación contundente de que al odio de Richelieu habían de atribuirse sus luchas; y merecida repulsa a reconvencciones duras y calumniosas que desde Francia a la corte y gobierno de nuestro Felipe IV se dirigían, es una *Carta al Generalísimo, Muy alto y muy piadoso Luis XIII Christianísimo Rey de Francia* (2).

Otro gran intelectual bien conocedor de lo de Francia y para todo lo francés merecedor de estima o benevolencia muy inclinado a prodigárselas, dejónos asimismo en sus oportunísimas y patrióticas notas al *Compendio de Historia de España* del P.

(1) Teatro crítico; pág. 432, tomo IV.

(2) Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas; tomo II, pág. 390.
—Madrid, 1790.

Duchesne que tradujo del francés con maestría y en sus inimitables *Cartas familiares* (advertido queda ya el lector de que nos referimos al P. Isla) rasgos de donoso ingenio y desenfadados conceptos expresivos de un castizo españolismo rebelde a toda imposición francesa. Veamos algunos: «no se puede tolerar una traducción que huelga mucho a francés»; «si fuera hombre poderoso declararía por eunucos de la nación a cuantos pretenden introducirnos estas boberías» (1); «francesear adredemente en castellano es una cosa intolerable, es llenarlos a ellos de vanidad y a nosotros de confusión» (2); «se deberían correr aquellos nacionales que hacen indecente y ridícula gala de hablar el español a la francesa» (3); Y, previniéndose contra francesas influencias de todo género, advertía que «aun de las buenas de Francia es razón nos fiemos con cautela ¿qué será de las malas y perversas»? (4); y demostrando como creía que eran funestísimas las cosas que de Francia venían, añadía con singular gracejo a propósito de un adjetivo gálico, «porque no tomaremos este puerco adjetivo de los franceses, ya que tomamos de ellos otras mayores y peores porquerías» (5).

Adivinaba sin duda el buen jesuíta cuando esto último escribía la proximidad de aquellos días tan admirablemente pincelados por el P. Coloma (6) en los que brilló tristemente el marqués de Mora por... «el enconado odio contra la moral y la Iglesia católica que había traído de Francia», y cuando «las mujeres en España no se hallaban ni se hallan aun lo bastante corrompidas para convertir sus salones

(1) *Cartas familiares*; tomo V, pág. 47.

(2) *Cartas familiares*; tomo V, pág. 48.

(3) *Cartas familiares*; tomo VI, pág. 146.

(4) *Cartas familiares*; tomo V, pág. 1.

(5) *Cartas familiares*; tomo VI, pág. 197.

(6) *Retratos de antaño*; tomo II, pág. 26.

en cátedras de impiedad, como lo habían hecho ya muchas de ellas en Francia» (1). Exactamente como siglo y medio después, en nuestros mismos días, ocurren cosas idénticas, lamentándose un mundano cronista de Biarritz (2) de como «algunas bañistas, poco aprensivas y generalmente bien formadas, adoptaron para bañarse el más sencillo de los trajes: un simple *maillot*. Y con esa *toilette* se tendían luego en la playa antes y después del baño para tomar bien el sol»; pero al pretender implantar tal moda en San Sebastián una bañista francesa, «advertida la autoridad, gracias al plausible celo de una ilustre dama que tuvo noticia del fresco espectáculo que daba la francesa en cuestión», cuidó de que no se repitiera. Asimismo como han protestado buen número de periódicos de la corte, por los días mismos en que escribimos, de las que juzgan indecencias de una «casa de modas» establecida en Madrid anunciada a son de bombo y platillos y que se apellidaba de *Francia*; y *La Croix* acaba de lamentarse de que «en las circunstancias actuales, que predisponen a la austeridad y a la oración, surjan con la estación las modas femeninas más indecorosas y la manera escandalosa de vestir a los niños» (3). Y con todo eso concuerda lo que ocurría también por los días de la Revolución Francesa, muy bellamente descrito por D. Miguel S. Oliver (4), con los expatriados de Francia *defensores en aquel país del altar y del trono*, que al llegar a distintas poblaciones españolas, en nuestra misma Cataluña precisamente, causaban asombro tan grande como

(1) *Retratos de antaño*; tomo II, pág. 44.

(2) En *La Epoca*, reproducido por el *Diario de Barcelona*.

(3) Reproducido y traducido de *La Croix* por *El Universo*.

(4) *Franceses y españoles en 1792*.—En *La Vanguardia* de 21 de Mayo 1915.

general escándalo por la ligereza de sus costumbres y la indiferencia religiosa de que en su vida práctica daban muestras. «Así, por ejemplo, cuenta Oliver, lo ocurrido en el hostal de Pineda... Llegaron allí unos emigrados que acababan de entrar en Cataluña. Eran casi todos militares y se contaba entre ellos el segundo jefe del regimiento de Champagne. Pernoctaron en el hostal y a la mañana siguiente debían continuar su viaje hasta Barcelona. Al ser de día, la campana del establecimiento empezó a repicar de lo lindo. El hostelero, su mujer y las mozas recorrieron toda la casa gritando en cada dormitorio: «¡a Misa!» Ni por esas. Hacía frío y los viajeros bien arrebujados en sus camas, volvieron del otro lado. Sólo unos *golillas* y pasantes de procurador fueron a la iglesia. De vuelta a la posada encuentran al pueblo medio alborotado y a los tartaneros hechos una furia: «¿Cómo se entiende—gritaban—que estos caballeros nos digan que huyen de Francia porque allí está perdida la religión, que vienen a pedir ayuda para restablecerla, y no es posible llevarlos a misa ni a tirones...?»; y en Tarragona entre los propios emigrados ocurría un rapto escandaloso; y en Reus otro de ellos «mató en desafío a uno de sus camaradas por cuestión de fullería o trampa de juego». Y ya en nuestros días, nosotros hemos oído explicar también a un devotísimo amigo nuestro, poseedor de cuantiosos intereses en Francia, que subiendo al tren en una población de la vecina nación cumplió, al emprender la marcha, con la tan antigua y castiza y cristiana costumbre española de santiguarse; y cual no fué su asombro al notar el de un su amigo francés, con gran representación en la *política legitimista* de aquel país, que se le quedó mirando y exclamó: «¡ah! amigo mío; ¿pero es que vos creéis todavía...?»

Tan interminable sería la lista de los grandes autores españoles así siempre, como los ya citados, advertidos y resueltos digna y noblemente contra todo afrancesamiento, como interminables nos haríamos también y machacones si reprodujésemos aquí, en demostración del odio con que los franceses nos pagan o nos provocan, cuanto por autores franceses contra toda justicia, contra toda razón y contra toda verdad, deprimiendo y maltratando a España o a españoles se ha escrito. Forzoso es, empero, para el cabal desenvolvimiento de nuestro tema, dar de ello clara idea, siquiera con la exhibición de citas, rasgos y datos los más principales.

La figura de nuestra gran Reina Católica, la incomparable primera Isabel, sobresale en la Historia, sin mancha, y nadie se había atrevido a insinuar siquiera que tuviera lunar hasta que el volteriano francés Gaillar osó estampar contra Ella, con frase estúpida, como dice Salcedo (1), una necedad «calumniosa sin ningún fundamento histórico».

El conspicuo escritor, actualmente gran amigo de los franceses, don Francisco Melgar, testimonio para aliadófilos no recusable, contó pocos años ha a lectores españoles, hasta qué punto el *chauvinisme* y la vanidad más extremosos y ridículos hacen perder el juicio a nuestros vecinos, tratando de negar hasta las más puras glorias españolas o apropiándose las, y refería al efecto haber oído a predicadores dominicos franceses desde el púlpito, *negando* a su Padre y Fundador santísimo, el glorioso español Domingo de Guzmán, para hablar de su «Orden eminentemente francesa, tan francesa como su in-

(1) Pág. 324.—Nota.

signe fundador, el gran Lacordaire» (1). Y todos sabemos, caso parecido, como existen fundadísimos indicios de que era español, en Tamarite de Litera del reino de Aragón nacido, San Vicente de Paúl, y al tratar de comprobarlo con datos ciertos, a cuya rebusca iban los religiosos españoles hijos suyos, hubieron bien pronto de desistir de tan noble y culto empeño, porque en la *culta* (?) Francia no quieren la verdad y repugnan la investigación histórica cuando pueden serles desfavorables o resultar favorables a los españoles, y los superiores franceses prohibieron terminantemente que se siguieran las investigaciones (2).

Manchar calumniosamente la memoria de Isabel la Católica; desconocer u ocultar, hasta sus hijos de religión, la paternidad española de Santo Domingo de Guzmán, y habernos robado a San Vicente de Paúl, prohibiendo después que se haga luz sobre este asunto, ¿qué mayores enormidades, en el orden moral, pueden ya cometer contra España los franceses?

Pero, la cosa viene de lejos; ya «en el siglo XII, un peregrino francés de los muchos que por aquel entonces acudían a Santiago de Compostela, escribe su itinerario y aprovecha la ocasión para decir que los vascos son unos salvajes» (3); a Roberto Gaguin, en 1468, «ni siquiera le gustaron los melones de nuestra Patria, con ser tantos y de tanto renombre» (4); Juan Chapelain consideraba «milagroso que de entre mil españoles saliese un sabio» (5);

(1) Crónica de Melgar, publicada en el *Diario Regional* de Valladolid, 5 Noviembre 1911.

(2) A. Hernández Fajarnés.—*San Vicente de Paúl.—Su patria, sus estudios en Zaragoza*, etc.—Págs. 90, 95 y otras varias.

(3) *La Leyenda negra y la verdad histórica*. Julián Juderías, pág. 51.

(4) Julián Juderías, pág. 52.

(5) Julián Juderías, pág. 54.

Francisco Bertand, hablando de Calderón de la Barca, le hallaba algo ignorante de las más elementales reglas del arte dramático». ¿A qué seguir, dice el benemérito autor de quien copiamos estas citas, si son todos los que nos visitaron por aquella época los que hablan mal, se asombran de todo y de todo hacen la descripción más susceptible de asombrar a sus incautos y crédulos lectores a costa nuestra? (1)

Y si nos fijamos en los nombres más ilustres de Francia, como en lo político pudimos dejar demostrado que Sully, Richelieu y Mazarino, y Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, fueron los grandes enemigos de España, encontraremos en su más alta intelectualidad a Guizot, afirmando, en su *Historia de la civilización europea* (2), a propósito del absolutismo de Felipe II, que se había establecido tal poder «ahogando toda actividad moral e intelectual, resistiéndose a toda especie de mejoras, trazando un círculo fatal para la nación y haciéndola completamente estacionaria»; a otros innúmeros historiadores franceses que tras de él llegaron a los mayores extremos en el deprimir a nuestro gran Monarca, hasta sostener M. Henri Forneron, en 1882, que «resulta un obstáculo para la marcha de la civilización» (3); a Masson de Morvilliers, en su tristemente famoso artículo publicado en París, en la *Nueva Enciclopedia*, recordado en estos días, precisamente, por don Angel Salcedo en el *Diario de Barcelona* (4), con ocasión de la patriótica y briosa refutación que provocó de Cavanilles, en el que «se trata a España con tan injusto encono y estúpido despre-

(1) Julián Juderías.—Su libro debiera ser leído por todos los buenos españoles con verdadero afán y atención cuidadosa.

(2) Traducción española. Madrid, 1846, pág. 598.

(3) Juderías, pág. 115.

(4) Artículo del 11 de Septiembre de 1917.

cio, llegándose a decir que en diez siglos había sido nuestra patria completamente inútil a Europa y a la cultura universal»; a Montesquieu afirmando, entre otras sandeces, que «el único libro que teníamos era el «Quijote», o sea la sátira de los otros libros» (1); a Voltaire, «no perdiendo ocasión de zaherirnos, como puede comprobarse repasando las ingeniosas novelas debidas a su pluma» (2), y moñándose de España; al Marqués de Custine, cuyo libro «en forma de cartas dirigidas a Lamartine, Chateaubriand, Jules Janin, Charles Nadier, madame de Girardin y Víctor Hugo (*L'Espagne sous Ferdinand VII*), es un conjunto de desatinos y la caricatura más grotesca que puede hacerse del pueblo español» (3); a Víctor Hugo declarado, hasta por otro escritor francés, «inventor de una España exagerada y fantástica» (4); a Dumas, inventor de la después sobada frase «el Africa empieza en los Pirineos»; a Alfredo Fouillé, pintando nuestra decadencia como cuadro vivo «de lo que hubiese hecho del mundo la Iglesia» y diciendo de nuestra Inquisición, que no se contentó con embrutecer, sino que «desmoralizó» (5); y así, sin término ni medida en todo género de exageraciones y falsedades y calumnias, pudiendo afirmarse que la lista de los grandes hombres de Francia, políticos y literatos, es la lista de los más grandes denigradores de nuestra carísima España; y hasta en los relatos modernos de viajes, según hace notar Juderías, de cuyo hermoso libro, para estas citas, no nos podemos

(1) *Oeuvres complètes de Montesquieu. — Letres, Personnes.* — Letre LXXVIII.—Rica á Usbek, pág. 55. Paris. MDCCCXXXVII.

(2) Juderías, pág. 65.

(3) Juderías, pág. 71.

(4) Juderías, pág. 72.

(5) *Un estudio de A. Fouillé sobre España por Giusti. Diario de Barcelona* de 29 de Julio de 1906.

apartar, «aun en aquellos que tienen hasta cierto punto pretensión de favorecernos, como los de Maurice Barrés, se observan las mismas inexactitudes, los mismos errores, las mismas exageraciones» (1); o sale un fresco, M. Dauzat, en *L'Espagne telle qu'elle est*, ya en vísperas de verse zurrados (2) por los alemanes, como lo están siendo en la guerra actual desde hace ya tres años, para destruir de una plumada todas nuestras leyendas, afirmando que «el pueblo español *est foncièrement lâche*, ignora las audacias francesas y sólo tiene valentía cuando se reúnen ciento contra uno» (3). ¡Mamarracho!!

Claro está que abundan autores de otras nacionalidades que escriben de España desconociéndola, y que nos agravian y ofenden no menos que los franceses, pero la mayor lejanía en que de nosotros se encuentran, el odio protestante en que gran parte de ellos se inspiran y lo mucho que en la mayor parte de ellos ha de influir lo que de Francia sale, les disculpa ciertamente y hace más perdonable lo que tratándose de los vecinos católicos franceses no lo es.

¡Y pensar que cuando así se escribe de España en el extranjero para ridiculizarnos, denostarnos, combatirnos y denigrarnos son tantos los intelectuales españoles de quienes acaba de decir con maestría Ricardo León (4) que «es achaque triste abrir el alma de par en par a la invasión de las culturas ajenas sin el cimiento de la propia, sin la me-

(1) Juderías, pág. 75.

(2) Antes del Marne, en el Marne y después del Marne, los alemanes ocuparon y ocupan una hermosa y no pequeña extensión de territorio francés, que no saben libertar los franceses, *ni con la ayuda de medio mundo*.

(3) Juderías, pág. 84.

(4) Los caballeros de la Cruz, pág. 25.

dula de león de pensamiento castizo», como antes se lamentara con su insuperable autoridad Menéndez Pelayo de tener que presenciar «el lento suicidio de un pueblo que engañado mil veces por gárrulos sofistas..... corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia les hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía» (1), de esa España que tiene aún en la Historia, merced a los testimonios más nobles y ciertos de su tradición, en bellísima frase de León (2), «silla principal, corona de reina y ejerce todavía en el mundo tutela de gentes y magisterio de almas».

El culto fervoroso que a la verdad rendimos obliganos aquí a una aclaración que por lo que tiene de discrepancia con el sentir de muchos hermanos nuestros en catolicismo nos es dolorosa. Dijimos ya en los comienzos de este trabajo que nos inspiraríamos para él en toda clase de consideraciones nacionales, políticas, históricas, morales, pero no religiosas, y así lo hacemos en efecto contra el sentir de gran número de derechistas españoles que pretenden fundar sólo en su catolicismo su antiafrancesamiento, suponiendo que es sólo el jacobinismo sectario francés imperante en las esferas gubernativa

(1) *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*, pág. 6, y mi *Política de Balmes*, pág. 43.

(2) *Los caballeros de la Cruz*, pág. 30, Renacimiento, Madrid 1916.

mentales de Francia lo que nos debe apartar de esa nación, y que seríamos afrancesados de una Francia verdaderamente católica. Eso parece sostener, hasta un docto agustino autor del libro *Hacia una España genuina* (1), al afirmar, después de mostrarse perfecto conocedor, en páginas brillantes, de todos los males que debemos a Francia, que su «malquerencia se restringe a la Francia exportadora de irreligión y de sicalipsis, a la Francia de Voltaire, del filosofismo, de la Revolución, del imperalismo napoleónico y de la República», y que la Francia católica sería digna de los más fervorosos entusiasmos» (2). Ese debe ser también el pensamiento del señor Mella, según frases de su memorable discurso, y a ello nosotros hemos de oponer resueltamente la afirmación castizamente española de que nada tiene ni debe tener que ver nuestro anti-afrancesamiento con la religiosidad o irreligiosidad de los franceses y que antes bien quizás deberíamos sostener sin ambages que la Francia genuinamente católica es precisamente la que ha de ser tenida por nuestra enemiga más mortal.

Claro está que poniendo por cima de todo el amor a la Religión de Cristo y a su Iglesia santa el católico español, firmísimo aliado y brazo fiel de esa Iglesia en todas épocas, ha de sentir vivísima simpatía por el catolicismo francés, como por el catolicismo alemán y por el de todas las naciones; y que si estuviera España dominada por la impiedad, el católico español debería bendecir una influencia cual-

(1) P. Graciano Martínez, Madrid, 1916, pág. 120.

(2) De los entusiasmos fervorosos de los católicos franceses querrá decir el bueno del P. Graciano, que los entusiasmos fervorosos españoles para cosas de casa que lo merezcan hemos de guardarlos. Basta con que tengamos siempre verdad y justicia para nuestros hermanos extranjeros, sobre todo si son franceses, que *contra toda verdad y toda justicia* nos tratan, según vamos viendo en estas mismas páginas.

quiera externa, aunque fuera una influencia francesa, que viniera a catolizarnos; en eso estriba y se exterioriza lo profundo y sólido y castizo del catolicismo español, en poner por delante y *sobre todas las cosas* a Dios, olvidándose hasta de los más naturales y arraigados sentimientos nacionales cuando de la causa de Dios se trata. Así Felipe II ayudando a los católicos franceses contra el protestantismo de aquel mismo reino, aunque ayudar a éste hubiera sido quizás más provechoso a los intereses meramente políticos de España. Pero, aparte estas indiscutibles verdades contra las cuales ningún católico español de buen sentido se puede rebelar, el interés nacional persiste y perdura y ha de sobreponerse a todo otro sentimiento *siempre que en hacerlo no haya ofensa o daño directo para la Religión*; y así, si los católicos españoles sabemos que la Francia de Richelieu y de Luis XIV fué en lo antiguo la que más se esforzó, sin reparar en medios, para abatir a nuestra patria; y en nuestros días son los católicos franceses los que más constante enemiga nos muestran revelando como si gobernaran se opondrían a nuestro resurgimiento, hemos de ser los católicos españoles, *por esta cualidad de españoles*, enemigos naturales e irreconciliables de Francia, sin que como españoles tengamos que entrometernos en las cuestiones religiosas de aquel país. Dando, como ya hemos hecho, cariñosa y en muchos casos no muy bien agradecida hospitalidad a todos los religiosos franceses que, huyendo de la persecución sectaria de sus gobernantes, han buscado asilo en nuestra hidalga nación, cumplimos sobrada y perfectamente nuestros deberes de católicos. Deseando que influieran sobre nosotros los católicos franceses o que los católicos franceses fuesen fuertes y dueños del poder para realizar su ideal de oprimir y *suprimir*

si pudieran a nuestra España, faltaríamos a nuestro más elemental deber de españoles. Y, de todo eso, nos dan buen ejemplo los mismos franceses. Lo vimos ya. Con el turco, y con el protestantismo y hasta con el infierno se unieron gozosos gobiernos católicos de Francia con tal de poder perjudicar y abatir a España. ¿Por qué no hemos de poder, sin unirnos con el turco, ni con nadie, sino permaneciendo estrictamente neutrales, desear con veras que vea el pueblo francés abatido su orgullo y castigado el odio que siempre ha tenido a España; y que sea además la impiedad francesa humillada en su satánica soberbia (1); y que se vean más prósperos y victoriosos pueblos contra los cuales no podemos alegar agravios; y que la Francia no sea grande y poderosa porque «su grandeza es nuestra humillación», según la contundente frase de Cánovas de exactitud evidenciada por la Historia.

Ni vale tampoco alegar los fueros de la raza latina, porque nunca ha servido ese latinismo para que la Francia nos fuera benévola, antes bien, ya lo dijo Cánovas también, «no se sintió latino Riche-lieu, pues que se habla de razas hoy, sino sueco, alemán y hasta turco, antes que por nada, por rebajar a España» (2), siendo el mismo Cardenal quien con su política «en odio al poderío español... aportilló aquellos malecones altísimos que contenían en su cauce al torrente germano-protestante» (3), y quedó por tierra «el valladar levantado en el siglo XVI por la Europa latina, contra germanos y turcos» (4).

(1) ¡Las luces de París apagadas meses enteros, por escapar mejor de los ataques aéreos alemanes, después que habían pensado *apagar las luces del cielo!*

(2) *Estudios del reinado de Felipe IV*; tomo I, pág. 180.

(3) Cánovas del Castillo. — *Problemas contemporáneos*; tomo I, página, 29.

(4) *Problemas contemporáneos*; tomo I, pág. 29.

Hemos terminado. Es por españoles que debemos sentirnos siempre en espíritu y con el corazón apartados de Francia, aunque, como ha dicho don Antonio Maura, por occidentales podamos vernos obligados en cualquier momento a vivir oficialmente unidos a ella, sin que en eso haya de verse contradicción ni doblez ninguna sino la repetición patriótica y discretísima, sabia política, de aquello que también expresaba nuestro Rey D. Felipe IV al tener que adoptar una resolución que muy profundamente le contrariaba: «la razón y todos mis deseos piden mi declaración por el Rey (tratábase de ayudar al de Inglaterra o de reconocer a Cromwell), *pero la necesidad no deja ejecutar lo mejor*» (1).

Tampoco probablemente *la necesidad* permitiría hoy a ningún gobernante español con talla de estadista, que nos perdone el Sr. Mella, pactar alianzas con Alemania aunque estuviera muy inclinado a ello por convencido de que *si se pudiese, ello fuera lo mejor*. ¿Era amor y simpatía lo que llevó a Italia al lado de los imperios centrales durante veinte años? ¿Cree alguien que es amor lo que actualmente se siente en Francia por Inglaterra y por Rusia? ¡Y lo que ha llevado a Inglaterra al lado de sus actuales aliadas!

Las conveniencias políticas por las que ha de regirse la política internacional atendiendo a realidades y a necesidades que no es posible al gobernante variar a su capricho, es a los estadistas a quienes únicamente está reservado conocerlas y a quienes incumbe determinarlas en los tratados. A los pueblos corresponde el deber de someterse a tales determinaciones, pero sin que ello haya de influir en sus sentimientos íntimos, ni llevarles a abdicar de

(1) C. del Castillo.—*Reinado de Felipe IV*; tomo I, pág. 278.

su característica significación o al menosprecio de sus tradiciones.

Españolicémonos pues, lectores míos. Estudiemos nuestras glorias y amémoslas de verdad (1). Rechacemos con viril independenciam y noble tesón toda influencia exótica y procurando con ahinco imitar todo lo que de mejor y verdaderamente digno de estima veamos en otros pueblos, esforcémosnos por mantener y reforzar todas las características de nuestro pueblo. «Los españoles estamos obligados, ha dicho muy bien el P. Graciano Martínez, a amar ardientemente nuestro pasado porque es gloriosísimo, y estamos obligados a amar toda gloriosa institución que sea consubstancial a ese pasado». La Religión y la Monarquía estrechamente unidas han hecho muy grande a España; queramos verla salva con la Religión y con la Monarquía, pensando respecto de ésta con un eminentísimo catalán de otros tiempos (2) «*com la millor policia es viure sots noble e bon rey*»; y que esa es una gran suerte que en los momentos presentes ha deparado Dios a España en la persona augusta, bondadosa, inteligente y discretísima de S. M. D. Alfonso XIII.

Marchemos pues «compactos y aguerridos, como ha dicho el docto agustino a quien hemos ya citado (3), hacia una legítima hispanización de España, de España que sólo dejó de ser grande y culta cuando dejó de ser pura y efusivamente española»; y haciendo que resurja vivo y patente el decaído y adulterado, pero ciertamente que no extinguido espíritu nacional, inyectándolo de aquellas buenas cualida-

(1) «Mirar a España con ojo de español, no de extranjero. Ver de nuevo las cosas españolas». Así, dice muy bien Salaverría en su hermoso libro antes citado, pág. 137.

(2) Eximenis. Véase Torras y Bages, *Obras completas*, tomo IV, página 346.

(3) *Hacia una España genuina*, pág. 329.

des que puedan faltarle y que nos diga la experiencia que son las que más contribuyen al presente esplendor y poderío de otros pueblos.

Seamos hispanófilos de veras, y el germanofilismo no sea otra cosa, para todo buen español, que la admiración y simpatía que naturalmente mueven e inspiran algunas cualidades y virtudes del pueblo alemán que son precisamente las que a nosotros más nos faltan, y el vivo deseo de apropiárnoslas, no germanizándonos, sino procurando con vivo afán que esas cualidades y virtudes de otra raza lleguen a ser también cualidades y virtudes españolas (1). Cuarenta y cinco años ha decía ya el gran Cánovas (2) que «por donde quiera que hoy se mire sobran razones para envidiar a la raza germánica y para que doble humillada la cabeza toda la gente latina», y como esa superioridad se ha afirmado, lo están haciendo evidente los tres últimos años de guerra. Lo que ha llevado a los alemanes a tal superioridad sepamos imitarlo, y con ello y nuestras naturales propias virtudes resultaría perfectísimo el ciudadano español (3).

Laboremos por alcanzar perfección tal (4) y por-

(1) «De los funestos errores prácticos de nuestro tiempo está la Alemania mucho más libre, sin duda, que las naciones latinas. Dijo bien Cánovas en *Problemas contemporáneos*, tomo I, pág. 254.

(2) *Problemas contemporáneos*, tomo I, pág. 41.

(3) «Una de las mayores virtudes políticas del alemán es tener la disciplina en la masa de la sangre» ha escrito un francés admirado, y el príncipe de Bulow proclama en su interesante libro, *La política alemana*, (trad. española, pág. 222 y 225), que «ningún pueblo está tan pronto como el alemán a someterse a las leyes de una disciplina severa», que «el Estado prusiano es una creación de la disciplina, como lo son su ejército y su administración» y que tienen los alemanes la disciplina «en la médula de los huesos».

¡Si en eso les imitáramos, qué hermosa y trascendental transformación veríamos ya en España!

(4) «Ese admirable consorcio de libertad y disciplina que ha constituido siempre la mayor fuerza de aquella raza, fueron siempre difícilísimas de alcanzar en los pueblos latinos», dijo también Cánovas.

que sea pronto y de nuevo grande y poderosa, protegida por Dios y bajo el cetro de su nobilísimo Rey, nuestra amadísima, la gloriosa España.

Agosto de 1917.

FIN

84

MANCOMUNITAT
DE CATALUNYA

BIBLIOTECA POPULAR
DE FIGUERES

Reg. 2.799

Sig. 323.1(46)

Figueres

DEL MISMO AUTOR

Política de Balmes.—Cuestiones candentes acerca del monarquismo; *La Restauración*; tesis e hipótesis; el liberalismo; los católicos y el partido conservador, y otras similares. Prólogo notabilísimo del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

Un volumen en 8.º prolongado de XVII-176 páginas. A 2 pesetas, en rústica, y 3 en tela.—Editor Luis Gili, Clarís, 82, Barcelona.—Dirjansese los pedidos.

D. Alejandro Pidal (q. g. h.), al prologar brillantemente este libro, felicita a su autor «por el acierto de la obra, por la verdad de su fondo y por el espíritu elevado y profundo que campea en todas sus páginas». La concienzuda crítica de *Ortodoxon Biblion*, de Barcelona, opinó tener que «reconocer en el Sr. Fages un discípulo auténtico de Balmes», que podían «presentarse sus artículos como modelo de cordial y amigable discusión, encaminada únicamente al esclarecimiento de la verdad y a la unión de todos los corazones para la más eficaz defensa de la causa de Cristo», y que «también es balmesiana en estos escritos la visión clara que ellos dan de la realidad, su serenidad y solidez de discurso, y la amable sencillez de su estilo, que huye de refinamientos retóricos y da a cada cosa y concepto su nombre más propio y

Razón y Fe juzgó que «muestra su ilustrado auto fondo los escritos de Balmes...» y que «merece ser leído lo que dice».

Estudios Franciscanos se complació en recomendar de la obra, porque «hay que reconocer que todas sus nes están inspiradas en un espíritu elevado, noble y s

Generalitat de Catalunya

CLC 16
BIBLIOTECA POPULAR

DE FIGUERES

Reg. Reg. 2799

Sig. 323 1(45)

Fag.

El Universo dijo, en artículo editorial dedicado al libro, que era «muy notable y muy digno de ser leído, mejor dicho, de ser estudiado y meditado» y «de grande y muy substancioso contenido»; y en las páginas del mismo importante diario católico, el sesudo crítico, D. José I. Valentí, escribió de esta obra que «la exposición es detenida y concienzuda, hecha con imparcialidad y fijeza de criterio», y que «merece ser leído detenidamente por los católicos en general, sin distinción de partidos ni matices».

España, semanario de la Juventud maurista madrileña, aconsejaba que leyeran este libro «todos los conservadores, pero muy especialmente los que a éstos combaten con una saña sectaria, generadora de una grande injusticia».

Acción, de los jóvenes mauristas barceloneses, lo calificó de «obra magistral».

Resorgiment, de Palafrugell, de igual filiación política, lo consideró «*baix tots conceptes recomanable, car els arguments son clars i se basen en texts y documents irrefutables*».

Gazeta Montanyesa, de Vich, entendió que «*aqueix llibre polemich del señor Fages de Climent, va ben documentat y revela en son autor un perfet coneixement del estat de la política espanyola en relació ab l'acció católica*»; que trata las cuestiones candentes «*ab sinceritat filla de conviccions ben arrelades*», y que «*tant com un estudi del Balmes polítich, es un alegat en favor de la política conservadora avuy (en 1912) representada per D. Antoni Maura*».

Para la *Revista parroquial de Acción Social Católica*, de Madrid, «no puede negarse la verdadera actualidad de este libro y el interés que encierra».

Y así, en parecidos términos, toda la prensa católica acogió benévola mente esta obrita, cuya actualidad y oportunidad van aumentando los sucesos políticos de los últimos meses.

Es libro que todos los católicos, todos los conservadores, todos los verdaderos derechistas españoles debieran leer con atención y con satisfacción.



DE CATALUNYA. BIBL. DE FIGUERES



1303622229